

» Jesucristo, y al llegar mi vez, y cuando me preparaba para contes-  
 » tar, preséntase mi padre acompañado de mi hijo que un criado lle-  
 » vaba en sus brazos; toméme aparte, y empleó todos los medios que  
 » el amor pudo sugerirle para enternecerme por la suerte de aquella  
 » inocente criatura; el mismo Hilario unió sus ruegos á los de mi pa-  
 » dre, diciéndome: « ¡Cómo! ¿no podrán conmovéros ni las canas  
 » de un padre á quien vais á hacer para siempre desgraciado, ni la  
 » inocencia de este niño á quien dejais huérfano? ¡Sacrificad única-  
 » mente por la prosperidad de los Emperadores! — No sacrificaré, le  
 » contesté; é Hilario repuso: ¿Con que, sois cristiana? — Sí, soy cris-  
 » tiana, fué mi contestacion. »

» Mi padre, que permanecía delante del tribunal con la esperanza  
 » de vencerme, recibió un golpe de vara de un ujier á quien Hila-  
 » rio habia mandado que le hiciese retirar; aquel golpe resonó dolo-  
 » rosamente en mi corazon, y sentí un gran pesar al ver á mi padre  
 » tan maltratado en su vejez. El juez pronunció nuestra sentencia,  
 » por la cual nos condenó ó todos á ser lanzados á las fieras; al re-  
 » gresar á la cárcel, transportados todos de alegría, rogué al diáco-  
 » no Pomponio que pidiese mi hijo á mi padre, mas este no quiso  
 » enviármelo. »

Es de presumir que Secundulo hubiese muerto en la cárcel antes  
 del interrogatorio, pues nada se dice de él. Antes de pronunciar la  
 sentencia, Hilario habia mandado azotar cruelmente á Saturno, á  
 Saturnino y á Revocato, y abofetear á Perpetua y á Felicia, difi-  
 riendo el suplicio de los Mártires hasta la época de los juegos que  
 debian darse con motivo de la fiesta de Geta, creado César por el  
 emperador Severo, su padre, cuando Caracalla fué proclamado au-  
 gusto.

Santa Perpetua continúa su relacion: « Trasladados á la cárcel del  
 » Circo, fuimos todos encadenados hasta el día en que debíamos ser  
 » pasto de las fieras; sin embargo el oficial llamado Pudente, que  
 » mandaba las guardias de la cárcel, viendo que Dios nos favorecia  
 » con repetidos dones, concibió por nosotros una grande estimacion,  
 » y permitió entrar libremente á los hermanos que venian á vernos,  
 » ya para consolarnos, ya para recibir consuelo. Al acercarse el día  
 » señalado para el espectáculo, vino mi padre á visitarme; imposible  
 » me seria dar una idea del estado de postracion en que se hallaba;  
 » arrancábase la barba, revolcábase por el suelo, pegaba con el ros-  
 » tro en las piedras, maldecia su vejez, y decia cosas capaces de com-  
 » mover á todas las criaturas. Al verle en tal estado pensé morir de  
 » dolor. » Aquí termina la relacion de santa Perpetua; lo que sigue  
 fué escrito por un testigo ocular.

Como hemos dicho, Felicia se hallaba en cinta de siete meses, y  
 viendo tan próximo el día de los juegos, se hallaba muy afligida, cre-

yendo que su martirio seria diferido, por no ser permitido ejecutar  
 á las mujeres embarazadas antes de su alumbramiento. Los compa-  
 ñeros de su sacrificio sentian igualmente dejarla sola en el camino de  
 su comun esperanza, así es que todos se pusieron en oracion, á fin de  
 que pariese antes del día del combate; al momento se sintió Felicia  
 presa de los primeros dolores, y como la violencia del dolor le arran-  
 case algunos gritos, dijole uno de los carceleros: « Si ahora te quejas,  
 » ¿qué harás cuando seas lanzada á las fieras? — Ahora, contestó Fe-  
 » licia, soy yo la que sufro lo que sufro; pero allí habrá otro en mí  
 » que sufrirá por mí, porque yo sufriré por él. » La niña que parió fué  
 criada como á hija suya por una mujer cristiana.

El tribuno encargado de la custodia de los santos Mártires tratába-  
 les con extremado rigor, y Perpetua, cuyo animoso carácter en nada  
 habia decaído, le dijo: « ¿Cómo os atreveis á tratar con tanta dureza  
 » á presos que pertenecen al César, y que están destinados á comba-  
 » tir en el día de su fiesta? ¿Por qué les negais los escasos goces que  
 » pueden tener hasta entonces? ¿Acaso no se halla interesado vues-  
 » tro honor en que se nos vea sanos y robustos? » Avergonzado y con-  
 fuso el tribuno, mandó que los Mártires fuesen tratados con algo mas  
 de humanidad; los hermanos pudieron entrar en la cárcel y lle-  
 varles toda clase de refrescos, y el oficial Pudente, que se habia con-  
 vertido, les prestaba secretamente cuantos favores y servicios depen-  
 dian de él.

La víspera del combate se les dió, segun costumbre, la cena lla-  
 mada *cena libre*, la cual se verificaba en público; nuestros Santos  
 cambiaron en cuanto les fué posible aquella última comida en un  
 banquete de caridad. La sala en que comian se hallaba atestada de  
 pueblo, al cual los Mártires dirigian de cuando en cuando la palabra;  
 ya le hablaban con entereza, amenazándole con la cólera de Dios;  
 ya le revelaban la felicidad que sentian al morir por el nombre de  
 Jesucristo; ya le echaban en cara su brutal curiosidad. « ¿Acaso, les  
 » decia Saturno, no os bastará el día de mañana para contemplarnos?  
 » Ahora fingís apiadaros de nosotros, y mañana aplaudiréis nuestra  
 » muerte. Mirad bien nuestros rostros, á fin de reconocernos en aquel  
 » día terrible en que todos los hombres serán juzgados. » Estas pala-  
 bras, pronunciadas con la firmeza y seguridad que solo da la fe, intro-  
 dujeron la admiracion en el alma de la mayor parte; unos se retira-  
 ron sobrecogidos de temor, muchos no se movieron con objeto de  
 hacerse instruir, y creyeron en Jesucristo.

Finalmente llegó el día que debia alumbrar el triunfo de nuestros  
 animosos atletas; al hacerles salir de la cárcel para conducirles al  
 anfiteatro, veíase pintada la alegría en sus rostros, y revelábase en  
 sus palabras y en todas sus acciones. Perpetua marchaba la última;  
 la tranquilidad de su alma se revelaba en su continente, y para ocul-

tar á los espectadores la vivacidad de su mirada, tenia los ojos modestamente inclinados á la tierra. En cuanto á Felicia, le era imposible expresar el placer que sentia al poder seguir á los demás en su combate con las fieras. Al llegar á la puerta del Circo se les quiso obligar, segun costumbre, á vestir el traje de los que se presentaban en semejantes espectáculos: el de los hombres consistia en un manto rojo, insignia de los sacerdotes de Saturno; y el de las mujeres en una cinta al rededor de la cabeza, símbolo de las sacerdotisas de Ceres, mas los Mártires rechazaron aquellas libreas de la idolatría.

Perpetua cantaba, como segura ya de la victoria; Revocato, Saturnino y Saturo amenazaban al pueblo con los juicios de Dios, y al hallarse frente de la galería en que se hallaba Hilario, presidente de los juegos, le gritaron: « Vos nos juzgais en este mundo, pero Dios os juzgará en el otro. » Irritado el pueblo al ver tanta osadía, pidió que fuesen azotados, lo cual llenó de gozo á los Santos por verse tratados como lo fué Jesucristo, su divino Maestro <sup>4</sup>.

El Dios de bondad que dijo: « Pedid y recibiréis, » oyó las súplicas de nuestros Mártires. Cierta dia que hablaban entre sí de los diferentes suplicios que se hacia sufrir á los Cristianos, deseaban unos morir de un modo, y otros de otro. Saturnino manifestó el deseo de ser expuesto á todas las fieras del anfiteatro, á fin de multiplicar sus victorias al multiplicar sus combates, y obtuvo en parte lo que deseaba, pues él y Revocato, despues de haber sido atacados por un leopardo, fueron arrastrados por un terrible oso hasta cerca del teatro, donde les dejó despedazados. Saturo, que nada temia tanto como ser atacado por un oso, y que hubiera deseado que un leopardo le hubiese quitado la vida de la primera dentellada, vió que soltaban contra él un jabali; mas el animal se revolvió contra el picador que le conducia y le abrió el vientre con sus colmillos; luego volviendo á Saturo, se contentó con arrastrarle algunos pasos por la arena. Conducido luego cerca de un oso, no quiso éste abandonar su jaula, de modo que Saturo salió del Circo sin haber recibido herida alguna.

Entonces fué cuando retirado en los pórticos del anfiteatro halló ocasion para hablar con Pudente, á quien exhortó á perseverar constantemente en la fe, diciéndole: « Ya veis que las fieras no me han » dañado, conforme yo deseaba y predecia; creed, pues, firmemente » en Jesucristo, mientras que yo vuelvo á la arena donde un leopardo me quitará la vida á la primera dentellada. » Así sucedió en efecto: al terminar el espectáculo, un leopardo se le arrojó encima,

<sup>4</sup> *Pro ordine venatorum*, dicen las actas. Llamábase *venatores* á los que se armaban para combatir á las fieras; ponianse en dos líneas teniendo un látigo en la mano, y á medida que pasaban por entre ellos los *bestiarii*, ó personas condenadas á las fieras, les descargaban cada uno un golpe. Los *bestiarii* eran despojados de sus vestidos al pasar por este género de suplicio.

y con una sola dentellada le abrió una larga herida, de la que salió la sangre á torrentes; al ver esto la multitud exclamó: « Héle aquí » bautizado una segunda vez, » mientras que el Mártir dirigiendo á Pudente sus últimas miradas, le dijo: « Adios, querido amigo; acordaos de mi fe, y ojalá que mis sufrimientos, en vez de espantaros, » solo sirvan para afirmaros mas y mas en ella. » En seguida le pidió un anillo que llevaba en su dedo, y mojándolo en su sangre, se lo devolvió diciendo: « Recibidlo como una prenda de nuestra amistad; » llevadlo por amor de mí, y la sangre que lo enrojece os recuerde » siempre la que derramo ahora por Jesucristo. » Despues de esto el santo Mártir fué trasladado al lugar donde eran rematados los que no habian muerto de sus heridas.

Mientras tanto, despechado el demonio viendo que el sexo mas débil iba á conseguir una señalada victoria, habia hecho de modo que contra la costumbre se destinase una vaca furiosa para combatir contra Perpetua y Felicia; así es que ambas Santas fueron desnudadas y envueltas en una red para ser expuestas á la fiera: á semejante espectáculo manifestó el pueblo su piedad y horror, viendo á la una tan delicada y á la otra recién parida; así es que las sacaron de la red y las cubrieron con una túnica flotante. La vaca precipitóse primeramente contra Perpetua, á la cual alzó sobre sus cuernos, dejándola luego caer de espaldas; la jóven, que observó que sus vestidos se habian desgarrado, los arregló prontamente, menos ocupada de sus dolores que de la ofensa que podia recibir la modestia; levantóse, y anudó sus cabellos que se le habian desprendido, á fin de no parecerse á las personas afligidas.

Viendo á Felicia que habia sido muy maltratada por la vaca y que se hallaba tendida en la arena, corrió hácia ella y le tendió la mano para que se levantase; ambas aguardaban un segundo ataque, mas habiéndose opuesto el pueblo á que continuase aquella lucha, fueron conducidas á la puerta *Sanavivaria*, que guiaba á la plaza pública <sup>4</sup>. Perpetua fué recibida en ella por un catecúmeno llamado Rústico, y entonces aquella mujer admirable, como despertándose de un profundo sueño, preguntó cuándo la expondrían á aquella vaca furiosa; refirióle lo que habia sucedido, y no quiso creerlo, hasta que hubo reconocido en su cuerpo y en sus vestidos las señales de lo que habia sufrido.

« ¿ Dónde se hallaba, pues, exclama san Agustin hablando de esta » circunstancia; dónde se hallaba cuando fué atacada y maltratada » por la fiera, sin sentir sus golpes, y cuando despues de tan rudo

<sup>4</sup> En los anfiteatros habia dos puertas, llamada la una *Sanavivaria* ó de la carne viva, por la cual salian los que no habian muerto en el combate; y la otra *Sandapilaria*, ó puerta de las mortajas, por la que sacaban los cadáveres de los que habian sucumbido.

» combate preguntaba, cuándo debía empezar? ¿Qué miraba, para no ver lo que todos veían? ¿Qué sentía, para permanecer insensible á un dolor tan violento? ¿Qué amor, qué extasis, qué brebaje la había transportado tan fuera de sí y tan divinamente embriagado, para ser insensible en un cuerpo mortal? »

La Santa llamó á su hermano, y le dijo en presencia de Rústico: « Permaneced firmes en la fe; amaos los unos á los otros, y no os escandaliceis de nuestros sufrimientos. »

En el *Spoliarum* donde había sido trasladado Saturo, preparábase para degollar á los Mártires; aquel lugar, como ya hemos dicho, era el destinado para rematar á aquellos á quienes las fieras solo habían herido; sin embargo, para gozar hasta el fin de tan inhumano espectáculo, el pueblo pidió que fuesen todos muertos en medio del anfiteatro. Los Mártires se levantaron al momento, abrazáronse y sellaron su martirio con el santo ósculo de paz, y se dirigieron al Circo, donde recibieron todos el golpe de muerte sin hacer ni un movimiento ni dejar escapar la menor queja. Saturo fué el primero que recibió la inmarcesible palma, segun vision de santa Perpetua, cayendo por fin esta á los golpes de un desmañado gladiador; ella misma acompañó hasta su garganta la temblorosa mano del verdugo, y le indicó el punto en que debía herir.

Sus gloriosos cuerpos fueron recogidos por los fieles; en el siglo v se hallaban en la catedral de Cartago, y segun refiere san Agustín, su fiesta atraía mayor multitud de gentes para honrar su memoria, que el número de gentiles que la curiosidad atrajo á su martirio. Los nombres de santa Perpetua y de santa Felicia han sido insertados en el cánon de la misa. ¿Qué nombres mas hermosos podía la Iglesia nuestra madre consagrar á la inmortalidad? ¿Qué ejemplos mas edificantes podía proponer á las generaciones cristianas?

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber elegido testimonios de nuestra fe en todos los estados, en todos los países y en todas las condiciones, á fin de confundir la incredulidad y de ofrecer modelos á todos los Cristianos; hacednos la gracia de que imitemos á santa Perpetua y á santa Felicia en caridad y grandeza de alma.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, quiero pensar diariamente en los juicios de Dios.

LECCION XV.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO III.)

San Ireneo. — San Ferreol y san Frejus. — Juicio de Dios sobre Septimio Severo. — Persecucion particular bajo Maximino; retrato de este Príncipe. — Juicio de Dios sobre él. — Octava persecucion general, en tiempo de Decio; retrato de este Príncipe; martirio de san Pionio, de san Cirilo y de santa Águeda. — Juicio de Dios sobre Decio. — Novena persecucion general, imperando Valerio; retrato de este Príncipe; martirio de san Lorenzo y de san Cipriano.

Mientras que Cartago recibia la doble gloria del nacimiento de Tertuliano y del martirio de santa Perpetua, Lyon adquiria un nuevo título á la inmortalidad: su obispo san Ireneo sellaba con su sangre la fe que defendiera contra los herejes <sup>1</sup>. En Besanzon dos de sus discipulos, Ferreol y Frejus, daban igual testimonio de la verdad evangélica, de la cual fueron los primeros apóstoles en aquella comarca tan fecunda por largo tiempo en nobles virtudes. Su martirio aconteció en el año 210.

Sin embargo, Septimio Severo, como todos los perseguidores, debía contribuir á la mayor gloria de Jesucristo, y ser un monumento de su temible justicia: la mano de Dios le hirió con una mortal enfermedad en medio de sus conquistas; vió á su propio hijo Caracalla

<sup>1</sup> La obra principal de san Ireneo es un *Tratado contra las herejías*, dirigido especialmente contra los Valentinianos.

En el libro primero, san Ireneo expone las utopias de los Valentinianos acerca de la genealogía de los treinta Eones; estos seres imaginarios eran divinidades inferiores que se decían producidas por el Dios eterno é invisible, llamado *Profundidad*, al cual se daba por esposa la *Idea*.

En el segundo enseña san Ireneo que solo Dios crió el universo, y refuta el sistema de los Eones.

En el tercero se queja de que los herejes al ser combatidos con la Escritura, eluden su autoridad, pretendiendo que la tradicion estaba por ellos; y de que atacados con la tradicion, la abandonaban apelando á la sola Escritura, siendo así que la Escritura y la tradicion proporcionaban invencibles armas contra sus errores. Lo prueba.

En el cuarto prueba la unidad de Dios, y manifiesta que Jesucristo al abolir los antiguos sacrificios sustituyó á ellos el de su cuerpo y de su sangre, que debe ser ofrecido en todo el mundo, segun la prediccion de Malaquías.

En el quinto habla de nuestra redencion por Jesucristo, y aduce las pruebas de la resurreccion de los cuerpos.

San Epifanio califica á san Ireneo de un hombre muy docto, muy elocuente y dotado de todos los dones del Espíritu Santo. Teodoreto lo considera como la antorcha de las Galias occidentales.